

Entrevista a José María Herreros, representante de Attac España

1.- ¿Por qué Attac España participa en un observatorio sobre el reparto justo de la riqueza?

Lo anómalo sería que no participáramos. De una u otra forma y con la intensidad y presencia que nos permiten nuestros recursos estamos presentes en foros, grupos, observatorios y plataformas con las que compartimos objetivos. Si se habla de reparto justo de la riqueza, cuyo logro no puede concebirse al margen de la justicia fiscal, una reivindicación que forma parte de nuestro ADN como organización, ahí estamos.

2.- ¿Por qué la acumulación de la riqueza y la consiguiente desigualdad que genera son un problema?

Si hablamos a escala global se perciben claramente algunas de sus consecuencias. El sufrimiento de los miles de millones de personas que sufren situaciones de pobreza, escasez y carencia de todo tipo de derechos, tanto materiales como sociales frente al 1,1% que acumula el 45% de la riqueza mundial debería ser motivo para que, como sociedad, nos hiciéramos algunas preguntas y como mínimo entender el flujo migratorio, al margen de los conflictos bélicos, que provoca esa desigualdad.

En las sociedades más avanzadas, por denominarlas de alguna forma, las consecuencias difieren. Además de la pobreza tal como siempre la hemos conocido, es decir, la carencia absoluta de medios materiales, tan necesaria socialmente para poder practicar la caridad cristiana y, llegadas determinadas fechas, emprender campañas de recogidas de alimentos y demás parafernalia con la que tranquilizar nuestras conciencias, empieza a extenderse una nueva forma de pobreza: las y los *working poors*. Personas cuyos ingresos, aun trabajando y teniendo un techo bajo el que vivir no alcanzan el nivel mínimo considerado como umbral de la pobreza. O alcanzándolo, sus gastos en vivienda, manutención, electricidad u otras formas de energía les mantienen por debajo de ese nivel. Un estado que no te permite acceder a casi ningún derecho, no poder ir al cine alguna vez, no poder comprar juguetes en navidad, ni plantearte ningún tipo de actividad que conlleve un mínimo coste. Que te hace vivir en una continua tensión emocional generada por no saber cómo alargar el poco dinero con el que cuentas para comprar comida hasta el día de cobro, cómo vas a hacer para pagar el alquiler o el recibo de la luz, porque si pagas uno dejas de pagar el otro. Si es duro para un adulto, lo es más por sus consecuencias para las niñas y niños que crecen en ese ambiente, con padres y madres abrumados por esa tensión constante. Se resienten los procesos de aprendizaje, las habilidades sociales, la ausencia de modelos, se padecen las inevitables tensiones familiares que esto genera y lo que es peor, la retroalimentación que llevan implícitas estas situaciones: se sabe que el 90% de las personas que nacen pobres mueren pobres, por más inteligentes y trabajadoras que sean. A su vez, el 90% de las que nacen ricas, aun siendo idiotas y haraganas, mueren ricas. Basta ya por tanto de utilizar conceptos tan falsos como la meritocracia para justificar el vertiginoso aumento de la desigualdad.

A nivel social, esta desigualdad estructural atenta contra toda forma de contrato social. Genera desafección política y es el caldo de cultivo ideal para el crecimiento de opciones políticas de extrema derecha, tal como estamos viendo no solo en países como Hungría, Polonia, Brasil o los mismos EEUU donde han alcanzado el poder, también en España y en países de nuestro entorno como Francia, Reino Unido, Italia o Grecia.

Si a todo esto le unimos el deterioro físico como consecuencia de las carencias materiales, los problemas de salud mental por procesos de ansiedad y depresiones que esta genera, sus efectos económicos y las ineficiencias de todo tipo que generan las sociedades con altos niveles de desigualdad, deberíamos concluir que si la lucha por la justicia social y el reparto de la riqueza no fuera un deber moral, debería serlo al menos por el simple cálculo de sus costes económicos y sociales.

3.- ¿Cuáles son las soluciones planteadas?

Para proponer soluciones es importante tener claro las causas y los orígenes de la desigualdad, que desde luego no es un fenómeno atmosférico ni es algo antropológicamente natural, como tratan de hacernos ver más o menos sutilmente desde determinadas posiciones ideológicas. Thomas Piketty en su último libro ‘Capital e Ideología’ revisa históricamente las justificaciones y la estructuración de la desigualdad social desde las antiguas sociedades esclavistas hasta las neoliberales actuales y desmonta el discurso meritocrático con el que tratan de justificarla. La creciente desigualdad, concluye, es el combustible que alimenta los conflictos y sus causas no son ni económicas ni tecnológicas, sino ideológicas y políticas.

Como se indicaba más arriba, la desigualdad desestructura las sociedades, exagera la desconfianza en los demás, genera comunidades individualistas y líquidas, desactiva en definitiva cualquier proceso de carácter transformador y emancipatorio. Y porque precisamente el proceso está así diseñado desde las centrales de pensamiento, los *think tanks* neoliberales, es por lo que cuesta tanto poner en práctica medidas que todas y todos tenemos en mente, como sistemas fiscales justos en los que paguen más quienes más tienen, que acaben con los mal llamados paraísos fiscales, que terminen con la opacidad del sistema financiero que los permite, inversiones en servicios públicos básicos como salud y educación, leyes que garanticen y protejan los avances sociales conseguidos, tales como pensiones públicas y derechos laborales, políticas de género, Renta Básica Universal...medidas todas que pueden aplicarse casi de un día para otro, porque técnica y materialmente son perfectamente posibles. Solo dependen de decisiones políticas y estas se toman a partir de la presión social.

Y ahí radica la dificultad. El neoliberalismo, a través del miedo, se ha impuesto culturalmente y está copando las instituciones. El papel de la incertidumbre, como advertía Keynes, configura y determina nuestra posición ante lo que está pasando. De manera casi inconsciente hemos asumido la desmesurada avaricia de unos pocos, convenientemente disfrazada de progreso, como el motor que mueve nuestras sociedades. Nos han hecho creer que la economía es ciencia cuando en realidad es creencia que, como ocurre con las religiones, convierte pensantes en creyentes. Este capitalismo desbocado ha ocupado sin fisuras el horizonte de lo pensable y lo ha hecho

mientras genera guerras infinitas, catástrofes medioambientales que están poniendo en peligro nuestra subsistencia como especie, y niveles de desigualdad sin precedentes, entre otros logros.

Es tal la hegemonía cultural lograda con el apoyo de los grandes medios que, como dijo Groucho Marx en *Sopa de Ganso*, creemos más lo que nos dicen que lo que vemos con nuestros propios ojos. Aquello de *dato mata relato* ha quedado pulverizado. Nunca se han publicado tantos informes alertando sobre el aumento de la desigualdad, sus causas y sus consecuencias, desde el Defensor del Pueblo hasta FOESSA, pasando por entidades tan poco sospechosas como Cáritas e Intermón Oxfam. Respuesta: o se ignoran o se descalifica a quienes los elabora como peligrosos y desestabilizadores dependiendo de quien gobierne en esos momentos. Y si algo se tuerce o amenaza con hacerlo, siempre queda el recurso, nunca mejor dicho, del *low fare*.

¿Qué podemos hacer? En Attac siempre somos propositivos. Primero ser conscientes de la situación. No desfallecer. Tratar de recuperar el relato y hacerlo proyectando futuro. La ciencia-ficción siempre se inspiró en la ciencia para crear argumentos, pero en la actualidad se ha producido una inversión y es la ciencia la que se inspira en la ciencia-ficción. Seamos capaces de imaginar un futuro diferente cuyo relato modele y transforme nuestra cultura, nuestras creencias y nuestra forma de ver el mundo y empezaremos a dar pasos para transformar la realidad. Expresado de forma más prosaica lo decía una pintada en un muro de Buenos Aires: ‘menos realidades y más promesas’.

Si de desigualdad se trata, empecemos reivindicando la Renta Básica Universal, individual, incondicional y suficiente. Financieramente es posible como demuestran diferentes estudios y propuestas realizadas al respecto. Su primera consecuencia sería la erradicación de la pobreza y la disminución de la desigualdad, pero también afectaría a muchos otros ámbitos como la protección ante abusos laborales, la participación ciudadana, el acceso a derechos sociales y la posibilidad de decidir qué tipo de vida queremos llevar y con quién queremos hacerlo, entre otras.

¿Por qué la Renta Básica Universal, una medida reformista? Por su potencial transformador. Generaría un proceso de retroalimentación política positiva. Seríamos más concernidos social y políticamente. Como explica César Rendueles en su libro *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*, cuanto más igualdad conseguimos más y mejor igualdad queremos. Nos transforma, altera radicalmente nuestra forma de vernos a nosotros mismos y nuestra relación con los demás, cuando nos pensamos como iguales los aumentos en la autonomía generan aspiraciones renovadas de reconocimiento, pues profundizamos en el sentido de nuestra dignidad propia. Igualdad económica puede ser muchas cosas, pero con toda seguridad significa entender la economía como algo que ocurre mientras bañamos a nuestros hijos pequeños tanto o más que cuando producimos energía o bienes de consumo.

No vamos a asaltar los cielos. Se trata solo empezar a reapropiarnos de nuestro futuro, que no es poco.

